

TEORÍA: UNA TIPOLOGÍA DE SUS SIGNIFICADOS *

Alberto Marradi
(Universitat de Florència)

1.

Ignoro si ocurre lo mismo en las ciencias físicas: en las ciencias sociales no hallo ningún término fundamental del cual no se haya lamentado la ambivalencia, debido a los usos heterogéneos que de ellos hacen numerosos autores. Incluso para el término «teoría» no resulta difícil encontrar autores que manifiestan el lamento ritual: Zetterberg (1954, 6-7, 29), Homans (1964, 951), Rudner (1966; trad. italiana, 1968, 27), Gibbs (1967, 84), Ryan (1970, 76), Vallier (1972, 226), Nowak (1976, 451). Es interesante notar que casi todos estos autores escriben en una época en la que el término «teoría» todavía no estaba de moda como en la actualidad. Quien dudara de esta afirmación puede hojear la monumental (y competente) *International Encyclopedia of the Social Sciences*, publicada por MacMillan en 1968. En ella no encontrará la entrada *theory* ni tampoco derivados como *social theory* o parecidos: ciertamente es ésta una laguna inconcebible tan sólo diez años más tarde. Ésta no es en absoluto accidental, dado que la misma puede encontrarse en la anterior *Encyclopedia of the Social Sciences*, dirigida por Edwin Seligman para MacMillan en 1930-1934, laguna que no ha sido remediada en su segunda edición de 1959.

A finales de los años sesenta, el término «teoría», ya utilizado de forma ambigua, tal como lo lamentan los autores ya citados, no ocupaba todavía

* Traducción de Jacqueline Gerday.

un lugar central en el firmamento epistemológico. Es bastante verosímil que se debiera a un efecto retardado de la indebida expansión semántica del término «ley» que había caracterizado la era positivista, con sus apéndices neopositivistas, comportamentistas u operacionistas. Los positivistas poseían excelentes motivos para preferir «ley» a «teoría»: el primer término se adecuaba bastante mejor, indiscutiblemente, tanto a sus orientaciones inductivistas y objetivistas (se estimaba poder llegar a las leyes mediante una mera inducción enumerativa de las observaciones y, por tanto, de forma impersonal y mecánica, mientras que el término «teoría» evocaba una intervención creativa de la mente humana, quizás en desagradable consonancia con la aborrecida filosofía), como, por definición, a su orientación nomotética.

1.1. El declive del positivismo se inicia —en los casos en que se inicia— en momentos diversos en las diversas disciplinas, a tenor de los niveles de actividad en los cuales éstas se estratifican. Lo cierto es que en los niveles más altos y etéreos (teorización, reflexión epistemológica), el positivismo se halla a la baja, al menos en las ciencias sociales— y el eclipse relativo del término «ley» representa un indicio significativo de ello. Empero, si se consideran con un ojo crítico los estratos más bajos, la baja cocina de los procedimientos concretos y de la actividad de investigación, verificamos, quizá con sorpresa, que tales procedimientos y actividad todavía se hallan profundamente impregnados de la ontología mecanicista, de la gnoseología objetivista y de la epistemología fiscalista del positivismo (Mokrzycki, 1983; véase también Marradi, 1980).

Más exactamente, esta situación se verifica en la expansión de los términos «procesuales» de las ciencias físicas: «experimento» (a menudo utilizado en el sentido de «investigación»), «experimental» (regularmente utilizado en lugar de «empírico»), «medición» (utilizado sistemáticamente en lugar de «investigación», «operativización», «recuento», «clasificación», «asignación de etiquetas numéricas ordinales»), «escala» (a menudo utilizado en lugar de «indicador», «índice», «clasificación»), y así sucesivamente. El motivo de la expansión semántica de todos estos términos siempre es el mismo: la epistemología fiscalista del positivismo, es decir, la idea de que la física y la química (las de la época de Comte) constituyen el paradigma de las ciencias; la aspiración a un prestigio social comparable al de los *ingénieurs* comtianos imponía por tanto la imitación a cualquier precio de la física/química del siglo XIX, disfrazando la diversidad de las respectivas situaciones epistemológicas mediante trucos terminológicos, es decir, hablando continuamente de «medición», «experimento», «escala» —del mismo modo que hace pocos decenios se hablaba de «leyes».

1.2. Y mientras la tropa (tanto la infantería que se despliega en el campo como la artillería que maneja las calculadoras) todavía se dedica a venerar los ídolos positivistas, los oficiales se hallan ahora en plena *vague* antipositivista y, para ponerse al día, han dejado (por fin) de hablar de «leyes», hinchando el término «teoría» con cualquier significado posible. Tal como lo ha demostrado Sartori a propósito de «democracia» (1957), mediante ciertas elecciones terminológicas se libran importantes batallas políticas. Tengo la impresión de que algo parecido está ocurriendo también en el frente epistemológico, es decir, que la expansión semántica del término «teoría» constituye una de las principales armas de los estrategas antipositivistas. Se ha descubierto que la percepción no constituye una fotografía pasiva de la realidad y, en la actualidad, se dice de ella que está *theory laden* (todo depende de la teoría —literalmente: está cargada de teoría). Se ha descubierto que los conceptos no se hallan en una correspondencia biunívoca con los objetos —tal como lo pensara el primer Wittgenstein (1922)— y entonces se dice que están *theory laden*. Se ha descubierto que no es posible registrar objetivamente la realidad —tal como lo postulaba el concepto de *protokollsätze*, observaciones protocolares, es decir, objetivas en tanto en cuanto son absolutamente elementales (Carnap, 1928; Schlick, 1932)— y ahora se dice que la observación está *theory laden*, los hechos están *theory laden* y, naturalmente, las técnicas de recogida de datos están *theory laden*, etc. En la sección 4 se volverá en detalle sobre cada una de tan vistosas expansiones semánticas del término «teoría».

Por descontado, todos estos descubrimientos (y las correspondientes batallas antiobjetivistas y antipositivistas) son sacrosantos: lo único lamentable es que hayan llegado con retraso, con tanto retraso que todavía sólo se hallan al alcance de los grandes estrategas y de los oficiales que olfatean los vientos que corren (los sargentos instructores, y, por tanto, la tropa, siguen todavía los reglamentos del antiguo cuartel, hasta que alguien se tome la molestia de ponerlos al día). Empero —y que me sea permitido discrepar de Maquiavelo—, los fines no siempre justifican los medios; en el caso presente las armas terminológicas pueden funcionar como las armas termonucleares, reduciendo el campo de batalla a un caos de ruinas sin vencidos ni vencedores.

1.3. Nadie (salvo los adictos a los sistemas axiomáticos, por otra parte numerosos incluso en las ciencias sociales —véase más adelante, sec. L4) cree en un mundo de términos perfecta y rígidamente definidos de una vez para siempre; nuevos conceptos y nuevos términos van formándose continuamente y las relaciones conceptos-términos se hallan en una continua tensión. Puede ocurrir que tales tensiones lleven un término a significar las

cosas más diversas y casi opuestas a lo que significaba en un principio (semejante fenómeno se ha dado, por ejemplo, para mantenernos en nuestro tema, con la pareja terminológica hipótesis/teoría, que desde los tiempos de Newton hasta hoy ha dado un giro casi completo alrededor de su propio eje; véase Losee, 1972, cap. viii); semejante evolución no engendra el caos si se produce paso a paso, de modo lento y natural, de tal forma que los viejos significados tengan tiempo de hundirse y transformarse en un simple objeto filológico.

Si por el contrario la evolución irrumpe tumultuosamente para adecuarse a los edictos de algunos estrategas, todo lo que se consigue es una desorientación total. Tal como Sartori lo ha mostrado más de una vez (por ejemplo, 1971, 43-4 para el concepto de «grupo»), un término del que se pretenda que signifique contemporáneamente demasiadas cosas, termina por no significar nada en absoluto. Y si, como a veces ocurre, los estrategas pretenden introducir los nuevos significados sin repudiar por ello los antiguos, sino por el contrario echando mano de ellos cuando les resulta cómodo, la operación se asemeja «objetivamente» (aunque los estrategas no estuviesen plenamente conscientes de ello) a un *jeu sur deux tableaux* (en español: jugar en dos tableros a la vez).

2. LENGUAJE COMÚN Y LENGUAJES CIENTÍFICOS

2.1. He sostenido que tanto los positivistas como los antipositivistas han recurrido a la expansión semántica de sus términos-símbolo. Quisiera anotar aquí algunas de las diferencias en el modo en que se han llevado a cabo tales «jugadas» terminológicas. Debido al movimiento positivista en las ciencias sociales, la apropiación y expansión indebida de algunos términos clave de las ciencias físicas del siglo XIX era una jugada casi obligada. Y se puede llegar a ello mediante un silogismo:

- prem. 1) los objetivos y métodos de las ciencias físicas (del siglo XIX) son los objetivos y métodos de la ciencia;
- prem. 2) bajo el impulso del positivismo, incluso el estudio de la sociedad debe hacerse científico;
- prem. 3) las ciencias físicas descubren leyes, experimentan y miden;
- concl. los científicos sociales también descubrirán leyes, experimentarán y medirán (o al menos dirán que esto debe hacerse).

Partiendo de este silogismo, se han realizado honradas tentativas de experimento (piénsese en Bales) o se procuró encontrar unidades de medición (piénsese en Fechner o Thurstone). Pero frente a unas dificultades epistemológicas, insuperables, inherentes a la naturaleza del objeto, hubo un repliegue hacia un mero uso ritual de los términos-símbolo sin tomar mínimamente en cuenta el respeto ya perdido; por su significado en las ciencias-modelo. Tal operación ha revelado así hasta el fondo su naturaleza ideológica, en el sentido marxista de la mala conciencia, de una autorrepresentación autoconfortante.

La apropiación y expansión indebida del término «teoría» por parte de los antipositivistas parece al contrario una operación bastante más deliberada y consciente (por algo hablaba de estrategias). Entre los términos (relativamente) consolidados de la tradición epistemológica descuella uno de ellos que —aun cuando conserve cierta aura de prestigio ligada a sus muy nobles orígenes platónicos— resultaba bastante molesto (por las razones ya vistas en la sec. 1) para los positivistas y, por tanto, se había quedado relativamente apartado. El término señalado (teoría) ha sido llamado a filas y mandado a primera línea de fuego para librar todo tipo de batallas: dado que hablar de la intervención de las actividades mentales, de conocimiento tácito, de valores resultaba complicado o sospechoso, sólo se ha hablado de «teoría».

2.2. Las observaciones que anteceden deberían sugerir una conclusión; las batallas semánticas, con el consiguiente crecimiento no natural de la ambigüedad de determinado término, resultan al menos tan comunes en el mundo de las ciencias sociales como, por ejemplo, en el mundo de la política. Podría resultar interesante también preguntarse si son al mismo tiempo comunes en la vida cotidiana. Lo que equivale a preguntarse si, para las ciencias sociales, posee fundamentos la clásica tesis positivista de una mayor univocidad y precisión de los lenguajes científicos con respecto al lenguaje común —pregunta para mí raramente contestada incluso desde otros campos— (Durkheim, 1895; Cohen y Nagel, 1934; Thomas, 1979). No me parece que los científicos sociales de orientación positivista se hayan preocupado por controlar empíricamente sus tesis; al menos en cuanto respecta a un término importante tal como «medición», ésta resulta clamorosamente falsa y debería ser depuesta: si bien el término es unívoco tanto en el lenguaje común como en las ciencias físicas, en las ciencias sociales se ha visto recargado de innumerables y contradictorios significados (véase más arriba, sec. 1.1., y más extensamente Marradi, 1980-1981). El elenco de significados del término «teoría» que sigue (sec. 3 para el lenguaje co-

mún y sec. 4 para los lenguajes científicos) lleva, me parece, a las mismas conclusiones.

No quisiera generalizar apresuradamente sobre la base de las dos únicas confrontaciones que he desarrollado hasta aquí. Sin embargo, como lo observamos al principio, las lamentaciones acerca de la ambigüedad y polisemia de los términos de las ciencias sociales son recurrentes y no faltan recopilaciones de los significados científicos de determinado término: Kluckhohn y Kroeber (1952) reseñan 160 acepciones del término «cultura»; la Masterman (1970) recoge otras veinte del término «paradigma»; y así sucesivamente. Es razonable esperar por tanto que, extendiendo tales reseñas a unas confrontaciones con el lenguaje común, se obtendrían otros tantos veredictos claramente favorables a una *mayor precisión y univocidad del lenguaje común con respecto al lenguaje de las ciencias sociales*.

Esta conclusión, a primera vista paradójica, debería al contrario sorprender muy poco a quien comparta las reflexiones expuestas hasta aquí: uno podría sorprenderse, en todo caso, de que la terminología de las ciencias sociales se hubiese mantenido unívoca después de haber sido objeto y teatro de las grandes maniobras de contendientes opuestos. Supongo que otros estudios como el de Sartori demostrarían que *todos* los lenguajes especializados, y las relativas «provincias de significado» (Schütz, 1945), son el teatro de grandes maniobras terminológicas. O al menos, si no todos, los lenguajes especializados en los que los usuarios son: 1) en número relativamente limitado, 2) organizados en escuelas y corrientes que tratan de hacer prevalecer ciertos puntos de vista ontológicos y gnoseológicos, y 3) lo bastante sofisticados intelectualmente como para comprender la importancia del instrumento terminológico y de saber cómo manejarlo. Dentro de estas condiciones, al menos las dos primeras no se dan, por cierto, para los usuarios del lenguaje común de la vida cotidiana. Si se confirmase que efectivamente los términos de semejante lenguaje resultan menos ambiguos, podría darse que la falta de tales condiciones fuese considerada como suficiente para explicar el fenómeno.

3. SIGNIFICADOS DEL TÉRMINO «TEORÍA» EN EL LENGUAJE COMÚN

Todos los diccionarios monolingües consultados (italianos, franceses e ingleses) concuerdan al menos en cuanto a tres diferentes significados corrientes:

A) Teoría en cuanto conocimiento abstracto, o mejor dicho, *corpus de conocimientos abstractos*. En esta acepción el término se contrapone implícita o explícitamente a «práctica» (ej.: en teoría, todo va bien, pero ¿funcionará en la práctica?) o también a «hechos» (ej.: las teorías siempre resultan más sencillas que los hechos).

B) Teoría como *conjunto de principios inspiradores de un arte o de una técnica*. Las diferencias entre esta acepción y la anterior me parecen ser tres: 1) el corpus de conocimientos ya no es necesariamente genérico y anónimo, sino que ha sido elaborado por unos técnicos, conocidos o desconocidos en su competencia específica; 2) en consecuencia, el corpus posee un ámbito más circunscrito y mejor definido, hasta el punto quizá de hallarse codificado en algún manual (ejemplo: préstame tu libro de teoría —sobreentendido: de solfeo); 3) cae el lazo semántico con los «hechos»; el lazo semántico con «práctica» sigue siendo esencial, pero no guarda un valor opositivo; la teoría es considerada, por el contrario, como una guía hacia la práctica (ejemplo: voy a clase de teoría —sobreentendido de conducción de automóvil).

C) Teoría como *conjetura*, tesis, doctrina elaborada por un individuo en particular, o algún grupo restringido, que por lo general son identificados explícitamente (ejemplos: éstas son las acostumbradas teorías de tu madre; según sus teorías, yo debería...). Los ejemplos muestran cómo esta acepción se halla próxima a la (A) al subrayar la contraposición con los hechos (como están efectivamente las cosas) o con la práctica (lo que se está haciendo o se hará efectivamente). Con todo, en la acepción (A) la teoría se halla lejos de los hechos y quizá destinada a ser desmentida por ellos, debido a la misma naturaleza de la actividad abstrayente-generalizadora. En la acepción (C) esto ocurre también a causa de la naturaleza idiosincrática, y quizás extraña, de la elaboración, obra ya no «de la sociedad» sino de individuos específicos con respecto a los cuales se van marcando las distancias (ej.: ya alguna vez me he encontrado metido en líos por haber seguido tus locas teorías). Además, la connotación anterior aparece más frecuentemente y de modo más marcado, quizá también presente en la acepción (A): quien elabora teorías en general recaba de ellas normas de comportamiento o consejos que intenta imponer a los que le rodean.

Naturalmente, existen matices y acepciones mixtas o intermedias, como es normal en un campo semántico. Sin embargo, la dispersión semántica del término (es decir, el número de sus acepciones principales y la distancia semántica que las separa) no me parece de hecho excesiva, considerando el prejuicio existente acerca de la vaguedad del lenguaje común.

4. SIGNIFICADOS DEL TÉRMINO «TEORÍA» EN LOS LENGUAJES CIENTÍFICOS

Tal como ya lo hemos anticipado, la dispersión semántica del término en los lenguajes científicos ya me ha parecido bastante mayor a través de la actividad corriente de lectura de los textos de los epistemólogos y estudiosos de las ciencias sociales (y por ese motivo he proyectado este ensayo), y mayor aún cuando la exploración se convirtió en sistemática y se volcó también en las fuentes indirectas, tales como las enciclopedias y los diccionarios especializados.

En esta sección presento una tentativa de clasificación de las acepciones principales que he encontrado. Cuando fuese necesario, la clasificación se transformará en taxonomía, es decir, que tomará en cuenta más niveles de abstracción. Generalmente, he buscado las diversas voces de la clasificación aunando tres criterios: 1) pasar de las acepciones más recientes a las más tradicionales, y de las acepciones que considero más liminales (en cuanto invaden por los motivos ilustrados más arriba unos campos semánticos remotos y ya cubiertos adecuadamente por otros términos) a las que considero más útiles para una sistematización (en el sentido de Saussure) del campo semántico; 3) mantener contiguas las acepciones que se han hibridado del modo más marcado. El lector comprenderá el amplio margen de opinión que conlleva semejante operación de cotejo y lo tomará en cuenta al confrontar su probable disenso con la secuencia propuesta.

Para no contribuir a una proliferación, la cual tengo en poca estima, dejo deliberadamente de lado algunas definiciones tan metafóricas como sugestivas tales como las propuestas por Althusser y Balibar (1965) o por Rokeach (1968). Y para evitar confusiones, tomo en cuenta las tres siglas (A, B, C) ya asignadas a las secciones anteriores, empezando por tanto con la D.

D) Teoría como complejo de todos los *aspectos no* meramente *sensoriales* en la *percepción*, es decir, de las categorías organizativas e interpretativas de los estímulos transmitidos por los sentidos. La presencia de un componente cognoscitivo en la percepción ha sido reconocida desde la *Naturphilosophie* del siglo XVIII alemán (véase por ejemplo el prefacio de Goethe a su *Farbenlehre*) hasta por un positivista como Durkheim (1912; trad. ital. 1963, 475-6); los estudios del grupo de Princeton han puesto en evidencia la complejidad de tales elementos (cf. Statera, 1967, 64), que recibirían la influencia de las mismas categorías lingüísticas (Tyler, 1969). La tendencia a colgar la etiqueta de «teoría» a este complejo de elementos se inició —me parece— con Feyerabend (1962); y son muchos, desde entonces e incluso fuera de su escuela, los que proclaman que «hasta los casos

más comunes de percepción visual vienen determinados por las teorías» (Pawson, 1980, 652). El uso del término «teoría», motivado por una justa polémica en contra de la concepción «fotográfica», y por tanto factual y objetivista de la percepción, me parece sin embargo altamente inoportuno en cuanto los elementos cognoscitivos en la percepción resultan no reflexivos e inconscientes, hasta tal punto que han sido ignorados durante milenios; se colocan, por tanto, en el polo opuesto de la connotación reflexiva, consciente y construida, que poseen en común las acepciones clásicas del término «teoría».

E) Teoría como *conocimiento tácito*, es decir, como complejo de conocimientos, experiencias, convenciones, hábitos conceptuales y lingüísticos que intervienen en la observación (la cual en realidad es una constitución) de los «hechos». Incluso un filósofo de la matemática como Kemeny lo reconoce: «Dudo de que se pueda afirmar un hecho en total independencia de unas interpretaciones *teóricas*» (1959; trad. ital. 1972, 124; la cursiva es mía). En los años treinta, el epistemólogo Fleck dedicó un libro (1935), entonces muy por delante de su tiempo, a la demostración de la dependencia de los hechos respecto a la «teoría», que entendía, sin embargo, como un *Denkstil* (hábitos de pensamiento) de un *Denkkollektiv* (comunidad de estudiosos). En el mismo sentido, me parece, Derek Phillips niega la posibilidad de unas «aseveraciones observativas independientes de la teoría» (1977; trad. ital., 1982, 100). Y sólo reinterpretando «teoría» como «conocimiento» tácito puede aceptarse la conocida tesis de Ryle (1954) y Feyerabend (1962) acerca de la *theory-ladenness* (dependencia respecto a las teorías) de los conceptos. El que tales tesis resulten insostenibles si se utiliza «teoría» en sus acepciones clásicas ha quedado demostrado, a mi modo de ver de forma conclusiva, por Achinstein (1964). El mismo año, por otra parte, salía *Method and Measurement* de Cicourel, que emplea sistemáticamente «teoría» en el sentido de conocimiento tácito.

E1) Muy cercana a la acepción precedente es la de quienes sostienen que los hechos, o la observación, son dependientes de las teorías entendidas como marcos (*frameworks*) o redes (*networks*) conceptuales (Whewell, 1840; Kattsoff, 1947; Laudan, 1977; Radnitzky, 1979).

Acerca de los motivos por los que el término «teoría» ha sido utilizado en las acepciones (E) y (E1), vale todo cuanto se ha dicho a propósito de la acepción (D). Esta expansión semántica del término me parece igualmente del todo inoportuna en tanto en cuanto el conocimiento tácito, y los marcos conceptuales que forman parte de él, se señalan por su naturaleza indeterminada y, por tanto, por la imposibilidad de ser controlados empí-

ricamente, requisito que por el contrario es constitutivo de las acepciones clásicas de «teoría».

No hay duda de que el conocimiento tácito interviene —al contrario de lo que sostuvieron verificacionistas (por ejemplo Wittgenstein 1922; Hempel 1945; Carnap 1952) y falsacionistas (Popper, 1934; Lakatos, 1963-64)— de forma destacada en el proceso de control empírico de una teoría; pero ésto no es, de hecho, un buen motivo para *confundirlo* con la teoría, que —siempre en sus acepciones clásicas— es concebida para ser controlada, mientras que el conocimiento tácito no lo es. Y si por «redes» o «marcos conceptuales» se entiende algo decisivamente más preciso y definido que el conocimiento tácito, entonces se entra en la acepción (F).

F) Teoría como *sistema de conceptos*, taxonomía. Esta acepción se ha hecho particularmente popular en la época de máxima influencia de Parsons, para el cual «un sistema teórico constituye un conjunto de conceptos lógicamente interdependientes, generalizados y dotados de una relevancia empírica» (1949, 17). Ya en el año 1940, Howard Becker atribuía una naturaleza teórica a sus *constructed types*, afirmando además que, «como todas las teorías, los tipos contruidos no se entienden como verdaderos; son instrumentos concebidos para fines determinados» (1940, 54), y demostrando así que confundía la no verificabilidad epistemológica de las teorías con la no verificabilidad estructural de los conceptos y sistemas de conceptos. Es probablemente bajo la influencia de Parsons que F. George define teoría como «un lenguaje descriptivo preciso» (1959, 340) y Blumer como «un esquema analítico del mundo empírico... en términos de clases de objetos» (1954, 3). Todavía en los principios de los años '70 Dougherty y Pfaltzgraff recogen esta acepción en segundo lugar de su reseña (1971, 27).

Sin embargo, quizás Rapoport generaliza indebidamente la acepción parsoniana cuando a fines de los años '50 afirma que, a diferencia de los científicos físicos, «para los científicos sociales la teoría es a menudo un sistema de referencia, es decir, una multitud de definiciones» (1959, 351). De hecho, no pocos sociólogos comparten las reservas expresadas por Homans: «Lo que pasa por teoría sociológica a menudo consiste solamente en conceptos y definiciones relativas: ofrece, por tanto, el diccionario de un lenguaje carente de oraciones... Los esquemas de Parsons incluyen elementos que deben entrar en una teoría sociológica. Faltan, sin embargo, las oraciones en cuanto relaciones entre aquellos elementos» (1964, 957; de manera análoga, en el mismo período, Bierstedt, 1959, 137-8; Meehan, 1967, 117-46; Mulkay, 1971, 69-92).

G) Teoría como complejo de *actividades reflexivas*, abstrayentes (de cualquier inspiración, pero implícitamente contrapuestas a la investigación

empírica) dentro de una *disciplina considerada globalmente*, es decir, como sinónimo del término «pensamiento» en la expresión académica «Historia del pensamiento sociológico». Con este sentido el término aparece en títulos como: *Sociological Theory: Its Nature and Growth* (Timasheff, 1955) o *Modern Sociological Theory in Continuity and Change* (Becker y Boskoff, 1957).

Bastante a menudo la extensión del concepto queda sólo restringida a los clásicos: «Es costumbre designar como "teoría social" a todos los mejores escritos sociológicos... capaces de sobrevivir en la memoria y de ser citados por los sociólogos contemporáneos» (Zetterberg, 1954, 6-7). Es curioso notar que el término aparece dos veces en la acepción (G), primero en la versión restringida y después en la versión lata, en un título como: *Theories of Society. Foundations of Modern Sociological Theory* (Parsons et al., 1961).

H) Teoría entendida como *disciplina* o sector de estudio, sin: 1) distinción entre aspectos empíricos o no, 2) consideraciones de profundidad diacrónica —éstas son dos diferencias respecto a la acepción (G)—, 3) distinciones de aproximación y posición— diferencia con la acepción (I). Las teorías tomadas en esta acepción se distinguen por tanto por su objeto: teoría de la información, teoría de las comunicaciones, teoría cibernética; si se admiten las tesis de los que las cultivan (y para los cuales los sistemas son una categoría particular de objetos que solamente pueden estudiarse bajo un «ángulo» particular: el suyo), incluso en *Teoría general de los sistemas* el término aparece en dicha acepción; habitualmente, sin embargo, se entiende la expresión como si el término perteneciera a la acepción (I).

I) Teoría como *aproximación*, escuela, paradigma: teoría evolucionista, teoría atómica, teoría marxista, teoría crítica de la sociedad; Teoría General de los Sistemas en la acepción prevalente. Se distinguen no por su objeto sino por sus presupuestos, por el corte de sus metas; otra diferencia con la acepción (H) es su desenvoltura para saltarse los confines disciplinarios. Una teoría en el sentido (I) puede «contener» —o, mejor dicho, inspirar— numerosas teorías en el sentido (L) o (M) e innumerables teorías en los sentidos (N), (O) y (P). Más a menudo y más marcadamente que cualquier otra acepción, comporta una carga axiológica y, por tanto, prescriptiva.

El hecho de que Feyerabend tienda a efectuar una transferencia semántica de las acepciones clásicas a la acepción (I) resulta evidente en frases como ésta: «Las teorías científicas son modos de mirar el mundo; y su adopción incide sobre nuestras creencias y esperanzas generales y, por ello mismo, sobre nuestras experiencias y concepciones de la realidad»

(1962, 29). Se le puede contestar con Laudan: «Utilizamos el término "teoría" para señalar los miembros de un conjunto muy específico de proposiciones ligadas entre sí (comúnmente llamadas hipótesis, axiomas o principios) que pueden usarse para realizar unas predicciones empíricas específicas... Empero, el término "teoría" está siendo utilizado para referirse a doctrinas o asuntos más generales y mucho menos controlables. Por ejemplo, se habla de "teoría atómica" o de la "teoría de la evolución". En cada uno de estos casos nos referimos no a una sola teoría sino a todo un espectro de teorías... [se debe] prestar la debida atención a las diferencias cognitivas y valorativas existentes entre estos dos tipos de teoría» (1977; trad. ital. 1979, 94-5). En esta cita Laudan demuestra que tiene clara la distancia que media entre la acepción (I) y las clásicas, aunque no explicita todos los motivos y aun cuando, con las contorsiones de la parte inicial, manifieste una evidente incertidumbre en cuanto a las varias acepciones clásicas (L, N y P).

Una de las acepciones más clásicas es la:

L) Teoría como *sistema jerárquico de proposiciones* relativas a un mismo campo de investigación. Esta acepción se ha visto articulada a tenor de diversos criterios; el más relevante aquí es, sin duda, el tipo de relación entre el sistema de proposiciones y el campo de investigación.

Siguiendo este criterio se puede distinguir entre:

L1) Teoría como sistema de proposiciones enteramente *axiomatizado y carente de interpretaciones empíricas predeterminadas* y, por tanto, utilizable como punto de partida (con la salvedad de la confirmación de su adecuación) en tanto en cuanto teoría (en el sentido L3) relativa a cualquier sector de la realidad, mediante una oportuna definición/interpretación de los símbolos. Esta acepción es utilizada, obviamente, por los matemáticos (no por azar se la denomina a menudo «cálculo») y también por algunos epistemólogos con fuertes inclinaciones hacia la lógica formal (Carnap, 1939; Kemeny, 1959; Hempel, 1965).

L2) Teoría en el sentido (L1), pero dotada de una *interpretación privilegiada*, quizás en conexión con un origen empírico más o menos remoto de las reflexiones que han llevado a la construcción del sistema: teoría de las probabilidades, teoría de los juegos, teoría de las coaliciones. A esta acepción se refieren, por ejemplo, May Brodbeck (1959), Coleman (1964), Rudner (1966), Holt y Richardson (1970). Cicourel describe este tipo como *explicit theory* y lo declara «prácticamente inexistente en sociología, a pesar de numerosas tentativas para simularlo» (1964, 9). Meehan niega a tales construcciones formales, y asimismo a los sistemas conceptuales, la calificación de teoría (1965, 145 y ss.).

L3) Teoría como en el sentido (L2), pero aplicada mediante *inter-*

pretaciones analógicas a sectores diferentes de los que constituyeron su referencia empírica original: teoría cinética de los gases, teoría corpuscular de la luz, teoría hidrodinámica de los circuitos eléctricos o de los flujos de información, teorías económicas de la política (por ejemplo, Downs, 1957). Norman Campbell habla en tal caso de «teorías mecánicas» (1957, 150-3), pero por lo común una teoría de ese tipo se ve llamada (también o preferentemente) «modelo» (Hempel, 1958; Harré, 1965; Rudner, 1966; Radnitzky, 1968; Ryan, 1970; Thomas, 1979). Para Delattre (1981) las áreas de superposición semántica entre «teoría» y «modelo» resultan mucho más amplias; May Brodbeck, por el contrario, critica el uso de «modelo» en semejante acepción.

L4) Teoría como sistema de proposiciones organizado jerárquicamente pero no axiomatizado (con todo, este último punto es controvertido), en el cual las *relaciones con el campo de investigación* no resultan ocasionales (como en la acepción L1), ni meramente genéticas (como en L2), ni analógicas (L3), sino constituyentes, en el sentido de que el sistema ha sido construido teniendo en mente un determinado campo de aplicación y sigue estando estrechamente relacionado con él, dada la naturaleza de los conceptos que las premisas del sistema ponen en relación, y dada la forma de tales relaciones.

Es ésta una de las acepciones más clásicas: Hempel (1970) la describe como *layer-cake standard conception* (concepción estereotipada de la tarta por capas), es decir, «una estructura estratificada en la que las aseveraciones del nivel superior incorporan y explican las de niveles inferiores. Existe una relación probatoria recíproca entre los estratos en la medida en que las aseveraciones de nivel superior pueden sostener las de niveles inferiores y viceversa. Idealmente, el lenguaje de una teoría debería estar formalizado y los lazos entre los estratos deberían ser deductivos» (Thomas, 1979; trad. ital., 1982, 45). Precisamente Thomas parece poner en relación la conexión deductiva entre las proposiciones con la formalización o axiomatización (que comporta la transformación en símbolo, dotado de un significado fijo y completamente explicitado, de todo concepto u otro elemento de la teoría: véase Geymonat, 1960, 70). De hecho, no puede haber —me parece— un nexo deductivo (en sentido propio) sin axiomatización. Empero, un sistema completamente axiomatizado pierde, me parece también, toda relación privilegiada con un campo particular de investigación, transformándose así en una teoría en la acepción (L2), referible a otros campos (como en la acepción L3) y potencialmente a un campo cualquiera (como en la acepción L1).

Al señalar las formalizaciones y conexiones deductivas como un hito ideal de las teorías (de las ciencias sociales), Thomas se alinea perfectamente con la tradición del empirismo lógico, que ignora la íntima contra-

dicción entre axiomatización y relevancia empírica y cultiva la ilusión de que en todas las ciencias sea posible alcanzar la primera sin perder la segunda (sobre este punto véanse las consideraciones esclarecedoras de Radnitzky, 1968, 1979, y asimismo las observaciones de Toulmin en uno de los ensayos precedentes). Incluso fuera de la corriente neopositivista en sentido estricto, muchos de los que sostienen la naturaleza deductiva de los nexos entre proposiciones en las teorías de tipo (L4) ignoran esta contradicción (véanse, por ejemplo, Homans, 1964; Galtung, 1967; Stinchcombe, 1968; Blalock, 1969). Otros niegan la deductibilidad por unos motivos irrelevantes («porque las proposiciones de la ciencia política sólo realizan aseveraciones tendenciales»: Meehan, 1965, 134) o no claramente formulados («son los términos de la proposición en un determinado nivel, y no la proposición en sí misma, los que se hallan ligados lógicamente a las proposiciones de nivel inferior»: Toulmin, 1953, 76). Este motivo, lo expresa Collingwood de una manera bastante más feliz: «Las relaciones lógicas entre proposiciones de diversos niveles de generalidad no constituyen unas *truth relations* [expresables en términos de verdadero/falso como en los sistemas axiomatizados] sino unas *meaning relations* [relaciones semánticas y por tanto solamente valorables de modo intersubjetivo y falibles]» (1940, 103; de modo análogo, Körner, 1966).

Las acepciones (L1-L4) poseen en común un curso descendente: desde las proposiciones de máximo nivel de generalidad (habitualmente llamadas «axiomas» en homenaje a la inspiración pitagórico-euclidiana de tales tipos de teoría) hasta las más específicas y, finalmente, las proposiciones que pueden ser sometidas a control por ser formuladas en un lenguaje «observativo». El problema de la transición entre lenguaje «teórico» y lenguaje observativo ha constituido un lastre para los filósofos de la ciencia debido a la obvia dificultad para sostener la posibilidad de relaciones deductivas (y por tanto de una traslación «objetiva» de verdad o falsedad) entre dos proposiciones de las cuales una se expresa en lenguaje teórico y la otra en lenguaje observativo. Son numerosas las soluciones ofrecidas, y dado que no son estrechamente relevantes para nuestro tema, véase el ensayo de Cannavó en este fascículo. Por el contrario, la cuestión de saber si las proposiciones formuladas en lenguaje observativo (y habitualmente llamadas hipótesis) pertenecen o no a la teoría está directamente vinculada a la estructura de las teorías. Se da por descontada la respuesta afirmativa (implícitamente para la mayoría y explícitamente por parte de Coleman, 1964, 34; Galtung, 1967, 455). Duhem (1906), Gibbs (1967) y algunos otros han sostenido, por el contrario, que las hipótesis no forman parte de la teoría —conclusión que me parece inevitable teniendo en cuenta que de una teoría se pueden hacer derivar innumerables hipótesis controlables dentro

de unas situaciones espacio-temporales específicas. Si se acepta este punto de vista, sin embargo, debería adoptarse por coherencia otra acepción de teoría (P).

Tan difusa como la acepción (L4), o quizá más, es la:

M) Teoría como proposición o sistema de proposiciones que *sintetizan y/o sistematizan y/o explican* una amplia gama de *generalizaciones* empíricas (a menudo llamadas «leyes»). Esta acepción, que llamaremos «ascendente», se apoya en una reconstrucción de los numerosos episodios de la historia de las ciencias naturales, en los cuales una serie de leyes relativas a campos incluso aparentemente dispares son subsumidas a una estructura proposicional unificada. A propósito de ello, Whewell hablaba de «concordancia de inducciones» (1858, 90). Ya una generación antes, John Herschel había señalado que no sólo se trata de inducción, sino también del acto creativo que instituye un nexo entre unas leyes tenidas anteriormente por independientes (1830). Actualmente, incluso los estudiosos de orientación neoinductivista se muestran de acuerdo sobre esta tesis: «Una teoría ... no puede ser una generalización empírica de datos observados» (Nagel, 1961; trad. ital., 1968, 93).

La relación entre teoría y leyes es concebida diversamente según los diversos autores y escuelas de pensamiento. Una concepción no muy lejana a la del inductivismo es la de los instrumentalistas:

M1) Para Duhem, «una teoría no es una explicación. Es un sistema de proposiciones ... que intentan representar del modo más sencillo, completo y exacto posible, un conjunto de leyes empíricas» (1960, ii, 1). Tendría, pues, la misma función que para Mach poseen las leyes en las confrontaciones entre hechos singulares. Concepciones análogas son las sostenidas por Schlik (1931), Ramsey (1931, 241), Ryle (1949, 120-5), por los operacionalistas (véase Ryan, 1970, 92) y los comportamentistas (Eulau, 1961; Ulmer, 1961, 2).

M2) Otros subrayan que las teorías enmarcan y sistematizan las leyes (Zetterberg, 1954, 79-80; Pasquinelli, 1964; ed. 1971, 118; Radnitzky, 1968; ed. 1970, 67; Nowak, 1976, 376; Thomas, 1979; trad. ital., 1982, 81).

M3) Casi todos los autores precedentes añaden, sin embargo, que el marco está en función de la explicación: «Las teorías se ven introducidas en tanto en cuanto cierta clase de fenómenos haya revelado un sistema de uniformidades que pueden expresarse bajo la forma de leyes empíricas... que ofrecen explicaciones unificadas de unos fenómenos totalmente diferentes... que proporcionan una explicación mucho más profunda que la de las meras leyes empíricas» (Hempel, 1966; trad. ital., 1968, 116-8). Resulta interesante notar como Hempel adopta alternativamente casi todas

las acepciones clásicas del término «teoría» en sus numerosos escritos dedicados al tema. El hecho en sí no debería escandalizar si no fuese porque la atribución a la teoría de la función de explicar las leyes preexistentes no es en absoluto conciliable con ninguna de las acepciones «descendientes» (L1-L4); el afirmar que un axioma *preexistente explica* las proposiciones de generalidad inferior que han sido deducidas o de alguna manera derivadas de aquél, suena ridículo, de hecho, porque es tautológico. Otros autores presentan acepciones del grupo (L) al lado de las acepciones (M3); son: Homans (1964, 953), Galtung (1967, 26), Ryan, 77-8, y Thomas (1979; trad. ital., 1982, 81).

La acepción (M3) es adoptada sin incongruencias por muchos otros autores: Campbell (1952, 96), Braithwaire (1953, 76), Nagel (1961, trad. ital., 1968, 93), Meehan (1965, 128-34), Reynolds (1971, 79), Phillips (1977; trad. ital., 1982, 101), Statera (1982, 26), además de los ya citados Zetterberg, Radnitzky y Nowak.

N) Teoría como *conjunto de proposiciones* o «leyes» conjuntadas de un modo *no jerárquico*. Novak habla en este caso de «teorías horizontales» mientras que las teorías de los tipos (L) y (M) son «verticales» (1976, 376); Reynolds llama *set-of-laws* (conjunto de leyes) a semejante modelo y realza las ventajas y desventajas de ello respecto del modelo axiomático (1971, 83 y ss.; véanse también Shaw y Constanzo, 1972, 7; Giesen y Schmid, 1976; trad. ital., 1982, I, 81). Thomas habla de un «modelo reticular de teoría» y auspicia su «reconciliación ... con el modelo a estratos» (1979; trad. ital., 1982, 46).

O) Teoría como proposición (o conjunto de proposiciones) a cuya «verdad» la comunidad científica concede un *grado notable de confiabilidad*, en contraposición con las «hipótesis», proposiciones estructuralmente idénticas a la teoría pero todavía en curso de control empírico. «Una proposición empieza como (o parte de) una hipótesis ... más tarde, cuando se halla suficientemente consolidada, entra a formar parte del trasfondo teórico, mientras que el proscenio se ve ocupado por otras proposiciones» (Toulmin, 1953; ed. 1969, 75). El elemento caracterizador no es el estructural (una teoría puede consistir en una sola proposición o en varias lógicamente conexas) sino el hecho de que los científicos del sector consideren confirmada la hipótesis, que a partir de ese momento se ve «guardada en los archivos» (para decirlo como Wittgenstein), transformándose así en teoría.

Esta acepción es la adoptada por Pierce, por ejemplo, en la entrada *Theory* para el diccionario de Baldwin (1902), por Norman Campbell (1957, 122), por Parsons y Shils (1951, 3), y por Boldrini (1965, 277-8).

P) Teoría como proposición, o complejo de proposiciones, en la que

se ponen en *relación* ciertos *conceptos* (no definidos operativamente). Por este motivo «la teoría ... no es controlable a no ser que de ella se deriven unas hipótesis», es decir, transformando todos los conceptos incluidos en la teoría en unas variables mediante su definición operativa; «las hipótesis, al ser constituidas por nexos entre variables, se refieren necesariamente a unas situaciones espacio-temporales específicas a las que las definiciones operativas deben adaptarse» (Marradi, 1980, 107). La distinción entre teoría e hipótesis no se basa en un criterio bastante impalpable (y sobre todo bastante difícil de transformar en la dicotomía suficiente/insuficiente) tal como el grado de confiabilidad por parte de la comunidad científica —como en (O)—, sino en un criterio fácilmente aplicable, es decir: el hecho de que los conceptos estén definidos operativamente.

La acepción (P) es bosquejada sintéticamente por McGinnis (1964, 309): «Cualquier aserto en el que los conceptos resultan demasiado abstractos para ser controlados directamente se define propiamente como un elemento de la teoría, más que como una hipótesis empírica.» Ésta es implícita en afirmaciones tales como «lo que se somete a control no es la teoría, sino las proposiciones derivadas de la teoría» (Galtung, 1967, 384; de forma análoga, Camilleri, 1962, 174; Eulau, 1969, 15; etc.). El introducir, como lo hace McGinnis más arriba, una ulterior distinción (teoría = sistema de asertos; hipótesis = aserto singular) constituye una contaminación superflua con otras acepciones (L, M, N). Y es inoportuna, en la situación epistemológica de las ciencias sociales, la última distinción introducida por Gibbs: «Las hipótesis no forman parte de la teoría. Una teoría se refiere siempre a dos o más clases infinitas de acontecimientos o cosas... las hipótesis, por el contrario, se refieren a un universo finito» (1967, 81). Una teoría puede incluir, de hecho, conceptos muy generales y al mismo tiempo guardar un limitado ámbito de aplicaciones espacio-temporales, debido a la naturaleza de los conceptos cuestionados o a la intención explícita de quien haya formulado la teoría misma.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- P. Achinstein (1964): «On the Meaning of Scientific Terms» en *Journal of Philosophy*, LXI (sept.): 497-509.
- L. Althusser y E. Balibar (1965): *Lire le Capital*. Paris: Maspéro.
- H. S. Becker (1940): «Constructive Typology in the Social Science», en *American Sociological Review*, V. 1 (feb.): 40-55.
- y A. Boskoff (1957): *Modern Sociological Theory in Continuity and Change*. New York: Dryden.
- R. Bierstedt (1959): *Nominal and Real Definitions in Sociological Theory*, 121-44, en L. Gross (ed.), *Symposium on Sociological Theory*. New York: Harper & Row.
- H. M. Blalock (1969): *Theory Construction. From Verbal to Mathematical Formulations*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.
- H. Blumer (1954): «What is Wrong with Social Theory?», en *American Sociological Review*, XIX, 1 (feb.): 3-10.
- M. Boldrini (1965): *Teoria della Statistica*. Vol. I en AA.VV., *Teoria e metodi della statistica*. Milano: Giuffrè.
- R. B. Braithwaite (1953): *Scientific Explanation. A Study of the Function of Theory, Probability, and Law in Science*. Cambridge: the University Press.
- M. Brodbeck (1959): *Models, Meanings, and Theories*, 373-403, en L. Gross (ed.), *Symposium on Sociological Theory*. New York: Harper & Row.
- S. F. Camilleri (1962): «Theory, Probability, and Induction in Social Research», en *American Sociological Review*, XXVII, 2 (abr.): 170-8.
- N. R. Campbell (1952): *What Is Science?* New York: Dover.
- (1957): *Foundation of Science*. New York: Dover.
- R. Carnap (1928): *Der logische Aufbau der Welt*. Berlin: Weltkreis Verlag.
- (1939): *Foundations of Logic and Mathematics*. Chicago: the University Press.
- (1952): *The Continuum of Inductive Methods*. Chicago: the University Press.
- A. V. Cicourel (1964): *Method and Measurement in Sociology*. New York: Free Press.
- M. R. Cohen y E. Nagel (1934): *An Introduction to Logic and Scientific Method*. New York: Harcourt.

- J. S. Coleman (1964): *Introduction to Mathematical Sociology*. New York: Free Press.
- R. G. Collingwood (1940): *An Essay on Metaphysics*. Oxford: Clarendon.
- P. Delattre (1981): *Teoria/modello*, 102-66 en AA.VV., *Enciclopedia*. Torino: Einaudi, vol. XIV.
- J. E. Dougherty y R. L. Pfaltzgraff (1971): *Contending Theories of International Relations*. Philadelphia: Lippincott.
- A. Dows (1957): *An Economic Theory of Democracy*. New York: Harper.
- P. Duhem (1906): *La théorie physique. Son objet et sa structure*. Paris: Chevalier et Rivière.
- E. Durkheim (1895): *Les règles de la méthode sociologique*. Paris: Alcan.
- (1912): *Les formes élémentaires de la vie religieuse. Le système totémique en Australie*. Paris: Alcan. Citas de la trad. ital. Milano: Comunità 1963.
- H. Eulau (1961): *Recent Developments in the Behavioral Study of Politics*. San Francisco: the University Press.
- (1969): *Behavioralism in Political Science*. New York: Atherton.
- P. K. Feyerabend (1962): *Explanation, Reduction, and Empiricism*, pp. 28-97 en H. Feigl y G. Maxwell (eds.), *Scientific Explanation, Space, and Time*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- L. Fleck (1935): *Entstehung und Entwicklung einer Wissenschaftlicher Tatsache*. Basel: Benno Schwabe.
- J. Galtung (1967): *Theory and Methods of Social Research*. Oslo: Universitetsforlaget.
- F. H. George (1959): *Models and Theories in Social Psychology*, pp. 311-47 en L. Gross, *Symposium on Sociological Theory*. New York: Harper.
- L. Geymonat (1960): *Filosofia e filosofia della scienza*. Milano: Feltrinelli.
- J. P. Gibbs (1967): «Identification of Statements in Theory Construction», en *Sociology and Social Research*, LII, 1 (oct.): 72-87.
- B. Giesen y M. Schmid (1976): *Basale Soziologie: Wissenschaftstheorie*. München: Goldmann. Citas de la trad. ital. Bologna: il Mulino 1982.
- R. Harre (1965): *Theories and Things*. London: Sheed & Ward.
- C. G. Hempel (1945): *Studies in the Logic of Confirmation*, en «Mind», LIV, 1: 1-26 i 2: 97-121.
- (1958): *The Theoretician's Dilemma. A Study in the Logic of Theory Construction*, 37-98 en H. Feigl et al. (ed.), *Concepts, Theories, and the Mind-Body Problems*. Minneapolis, University of Minnesota Press.
- (1965): *Empiricist Criteria of Cognitive Significance: Problems and Changes*, pp. 101-22 en C. G. Hempel, *Aspects of Scientific Explanation*. New York: Free Press.
- (1966): *Philosophy of Natural Science*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall. Citas de la trad. ital. Bologna: il Mulino 1968.
- (1970): *On the 'Standard Conception' of Scientific Theories*, pp. 142-63 en AA.VV. *Minnesota Studies in the Philosophy of Science*. Minneapolis: University of Minnesota Press, vol. IV.

- J. F. W. Herschel (1830): *A Preliminary Discourse on the Study of Natural Philosophy*. London: Longman.
- R. T. Holt y J. M. Richardson (1970): *Competing Paradigms in Comparative Politics*, 21-71 en R. T. Holt y J. E. Turner (eds.), *The Methodology of Comparative Research*. New York: Free Press.
- C. G. Homans (1964): *Contemporary Theory in Sociology*, pp. 951-77 en R. E. L. Faris (ed.), *Handbook of Modern Sociology*, Chicago: Rand McNally.
- L. O. Kattsoff (1947): «Observation and Interpretation in Science», en *Philosophical Review*, LVI, 6 (nov.): 682-9.
- J. G. Kemeny (1959): *A Philosopher Looks at Science*. Princeton: Van Nostrand. Citas de la trad. ital. Milano: Il Saggiatore, 1972.
- C. Kluckhohn y A. L. Kroeber (1952): *Culture. A Critical Review of Concepts and Definitions*. New York: Vintage.
- S. Korner (1966): *Experience and Theory. An Essay in the Philosophy of Science*. London: Routledge & Kegan.
- I. Lakatos (1963-64): «Proofs and Refutation», en *British Journal for the Philosophy of Science*, XIV: 1-25, 120-39, 221-43, 296-342.
- L. Laudan (1977): *Progress and its Problems. Toward A Theory of Scientific Growth*. London: Routledge & Kegan. Citas de la trad. ital. Roma: Armando 1979.
- J. Losee (1972): *A Historical Introduction to the Philosophy of Science*. Oxford: the University Press.
- A. Marradi (1980): *Concetti e metodi nella ricerca sociale*. Firenze: Giuntina.
- (1980-81): «Misurazione e scale: qualche riflessione e una proposta» en *Quaderni di Sociologia*, XXIX: 595-639.
- M. Masterman (1970): *The Nature of a Paradigm*, pp. 67-101 en I. Lakatos y A. Musgrave (eds.), *Criticism and the Growth of Knowledge*. Cambridge: the University Press.
- M. McGinnis (1964): *Hypothesis*, pp. 309-10, en J. Gould y W. L. Kolb, *A Dictionary of the Social Sciences*. Glencoe: Free Press.
- E. J. Meehan (1965): *The Theory and Method of Political Analysis*. Homewood: Dorsey Press.
- (1967): *Contemporary Political Thought. A Critical Study*. Homewood: Dorsey Press.
- E. Mokrzycki (1983): *Philosophy of Science and Sociology. From the Methodological Doctrine to Research Practice*. London: Routledge & Kegan.
- M. J. Mulkay (1971): *Functionalism, Exchange and Theoretical Strategy*. London: Routledge & Kegan.
- E. Nagel (1961): *The Structure of Science: Problems in the Logic of Scientific Explanation*. New York: Harcourt. Citas de la trad. ital. Milano: Feltrinelli, 1968.
- S. Nowak (1976): *Understanding and Prediction. Essays in the Methodology of Social and Behavioral Theories*. Dordrecht: Reidel.
- A. Pasquinelli (1964): *Nuovi principi di epistemologia*. Milano: Feltrinelli. Citas de la edición 1971.

- T. Parsons (1949): *Essays in Sociological Theory: Pure and Applied*. Glencoe: Free Press.
- y E. A. Shils (1951): *Toward a General Theory of Action. Theoretical Foundations for the Social Sciences*. Cambridge: Harvard University Press.
- et al. (1961): *Theories of Society. Foundations of Modern Sociological Theory*. New York: Free Press.
- R. Pawson (1980): «Empiricist Measurement Strategies», en *Quantity and Quality*, XIV, 5 (oct.): 651-78.
- C. S. Peirce (1902): *Theory*, en J. M. Baldwin (ed.), *Dictionary of Philosophy and Psychology*. Gloucester: Smith.
- D. L. Phillips (1977): *Wittgenstein and Scientific Knowledge. A Sociological Perspective*. London: MacMillan 1977. Citas de la trad. ital. Bologna: il Mulino 1982.
- K. R. Popper (1934): *Logik der Forschung*. Wien: Springer.
- G. Radnitzky (1968): *Contemporary Schools of Metascience*. Göteborg: Akademiförlaget. Citas de la edición 1970.
- (1979): *Justifying a Theory vs. Giving Good Reasons for Preferring a Theory*, pp. 213-56, en G. Radnitzky y G. Andersson (eds.), *The Structure and Development of Science*. Dordrecht: Reidel.
- F. P. Ramsey (1931): *The Foundations of Mathematics*. New York: Harcourt.
- A. Rapoport (1959): *Uses and Limitations of Mathematical Models in Social Science*, pp. 348-72 en L. Gross (eds.), *Symposium on Sociological Theory*. New York: Harper.
- P. D. Reynolds (1971): *A Primer in Theory Construction*. Indianapolis: Bobbs-Merrill.
- M. Rokeach (1968): *The Nature of Attitudes*, pp. 449-58 en *International Encyclopedia of the Social Sciences*. New York: MacMillan, vol. I.
- R. S. Rudner (1966): *Philosophy of Social Science*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall. Citas de la trad. ital. Bologna: il Mulino 1968.
- A. Ryan (1970): *The Philosophy of the Social Sciences*. London: MacMillan.
- G. Ryle (1949): *The Concept of Mind*. London: Hutchinson.
- (1954): *Dilemmas*. Cambridge: the University Press.
- G. Sartori (1957): *Democrazia e definizioni*. Bologna: il Mulino.
- (1971): «La politica comparata: premesse e problemi», en *Rivista Italiana di Scienza Politica*, I, 1 (abril): 7-66.
- M. Schlick (1931): «Die Kausalität in der gegenwärtigen Physik», en *Die Naturwissenschaften*, XIX: 145-62.
- (1932): «Positivismus und Realismus», en *Erkenntnis*, III, 1: 1-31.
- A. Shütz (1945): «On Multiple Realities», en *Philosophy and Phenomenological Research*, V (junio): 533-75.
- M. E. Shaw y P. R. Costanzo (1972): *Theories of Social Psychology*. New York: McGraw-Hill.
- G. Statera (1967): *Logica linguaggio e sociologia. Studio su Otto Neurath e il neopositivismo*. Torino: Taylor.

- (1982): *Metodologia e tecniche della ricerca sociale. Una introduzione sistematica*. Palermo: Palumbo.
- A. Stinchcombe (1968): *Constructing Social Theories*. New York: Harcourt.
- D. Thomas (1979): *Naturalism and Social Science*. Cambridge: The University Press. Citas de la trad. ital. Bologna: il Mulino 1982.
- N. S. Timasheff (1955): *Sociological Theory. Its Nature and Growth*. New York: Doubleday.
- S. E. Toulmin (1953): *The Philosophy of Science: An Introduction*. London: Hutchinson. Citas de la ed. 1969.
- S. A. Tyler (1969): *Cognitive Anthropology*. New York: Holt.
- S. S. Hulmer (1961): *Introductory Readings in Political Behavior*. Chicago: Rand-McNally.
- I. Vallier (1972): *Empirical Comparisons of Social Structure: Leads and Lags*, pp. 203-63 en L. Vallier, *Comparative Methods in Sociology*. Berkeley: University of California Press.
- W. Whewell (1840): *The Philosophy of the Inductive Sciences*. London: Parker.
- L. Wittgenstein (1922): *Tractatus logico-philosophicus*. London: Kegan.
- H. L. Zetterberg (1954): *On Theory and Verification in Sociology*. Totowa: Bedminster Press.